

En este artículo intento relacionar elementos dispersos, apuntando a situar el fenómeno de la conciencia desde un punto de vista existencial.

La conciencia es –y comienza por- darse cuenta¹.

Uno es en situación

¿Cómo es eso?

Uno está en el mundo y está tomado por las cosas del mundo.

Uno *es* en situación y, de algún modo, es en función de la situación en que está.

En ese modo de estar en el mundo, el habitual y generalizado para todos, en que uno está tomado por el mundo, se puede decir que *uno es una función del mundo*.

Uno responde constantemente a los estímulos que el mundo plantea y actúa en función de ellos.

La situación en que vivo no solo es mi medio ambiente. También es mi horizonte temporal. No solo está en mi presente sino que constituye mi futuro.

Mi vida entera puede transcurrir de ese modo, sin despegarme nunca de la situación, sin plantearme otra cosa que lo que la situación me propone. Esa configuración del paisaje vital es la más generalizada en el conjunto social y en el conjunto de las sociedades que pueblan nuestro planeta.

Gracias a esa configuración de la mirada individual, el paisaje social se mantiene y reproduce, dándole continuidad al medio ambiente que cobija a nuestra especie.

El mundo es para uno

El hecho de que uno esté en situación, de que *la vida transcurre situada*, que el ser de lo humano sea un ser-ahí, es de tal modo y con tal intensidad que parece que uno, que lo humano es para-el-mundo.

Eso, es relativamente cierto, desde un punto de vista: el del mundo.

Desde una mirada externa.

Pero desde lo humano, desde el crecimiento y desarrollo del ser humano, desde la continua transformación que opera en el mundo con su hacer, y desde su propia transformación, que deviene con ese hacer en el mundo, *el mundo es para uno, para el ser humano*.

Las direcciones de la vida humana

¿En qué radica la diferencia?

¿Cuándo es que uno es para el mundo y que el mundo es para uno?

Como todo en la vida, ninguna de estas direcciones se encuentra pura en los hechos.

A veces hay una que predomina, pero la otra está latente o debilitada. Ninguna desaparece de manera radical hasta que no se produce una conversión en la experiencia, en el modo de vivir.

¹ “Más fácilmente esto de la conciencia se puede comprender mediante una experiencia cotidiana que suele pasar desapercibida; nos referimos al simple “darse cuenta”, al simple “caer en cuenta” de algo.” Silo, *Conciencia y Fuga*. Charla, ver en www.hablasilo.net

Y aún así, la ambigüedad persiste, cada vez más atenuada, pero persiste. Mientras haya cuerpo, habrá mundo.

El ser-para-el-mundo implica que uno está sometido a presión ambiental. Que el medio en que uno está situado, con su estimulación genera presión: provoca, exige o demanda que uno responda.

Y uno, se va desarrollando merced a esa estimulación.

Todo en uno está configurado para dar respuesta a esa estimulación, todas nuestras funciones vitales tienen su correlación con los planteos del medio ambiente:

1. nuestros sentidos están organizados para detectar los diferentes tipos de estímulos ambientales;
2. nuestro sistema de nutrición, para procesar los elementos del medio que nos sirven de alimento;
3. nuestro sistema de locomoción está preparado para desplazarse en todo tipo de suelo y desplegar distintos tipos de acciones;
4. nuestro sistema de emoción nos permite –de inicio- adherir o rechazar a las situaciones que se nos presentan, y a partir de eso se plantea una notable capacidad de respuestas más complejas desde esa actividad;
5. por fin, nuestro sistema intelectual nos permite reflejar la situación y proponer, cuando menos, mínimos cambios, en función de la amplitud de horizonte que hayamos generado en nuestro sistema de representación. Pero, elementalmente, *la representación nos permite elegir nuestro emplazamiento situacional, dónde ponemos el cuerpo.*

Este responder al mundo no es propiamente una dirección de mi actividad. Este nivel de respuesta es, en proporción, lo que un movimiento reflejo es a un movimiento deliberado. El mundo estimula y yo respondo, y esto se repite constantemente.

En ese nivel de respuesta no hay en mi actividad una dirección que trascienda, que esté por sobre el nivel del estímulo, que vaya más allá o lo sobrevuele, orientada por un horizonte más amplio.

Esa actividad tiene una dirección propia, la de cada respuesta. La dirección de la respuesta está marcada por la situación puntual. Por ende, la dirección de la vida, está formada por la sumatoria coexistente de direcciones situacionales. alguna de ellas puede ser más permanente, como es el caso de la familia. O del trabajo, todo depende también de la configuración de personalidad que uno vaya desarrollando en torno a sus situaciones de vida.

Pero la vida, por sí misma, no parece tener otra dirección que la que la configuración biológica imprime a cualquier vida en cualquier escala de su manifestación: durar, conservarse, permanecer.

Y en ese nivel puede transcurrir mi vida toda.

La apetencia²

² Este término aparece ocasionalmente en el discurso de Silo, pero las dos ocasiones en que lo encontré (y que dicta mi memoria) ponen un contexto esencial para comprender lo humano. Dice en *El Paisaje Interno*: “XV. DAR Y RECIBIR.1. Veamos qué relación estableces con tu paisaje externo. Tal vez consideres a los objetos, las personas, los valores, los afectos, como cosas expuestas ante ti para que elijas y devores de acuerdo a tus especiales apetencias. Esa visión centrípeta del mundo probablemente marque tu contradicción desde el pensamiento hasta los músculos.”(Obras Completas, p. 54 de la versión digital, silo.net) Y en *El Paisaje Humano*, IV: “3. Por lo anterior comprendo que una generación cuando accede al poder tiende a plasmar externamente los mitos y las teorías, las apetencias y los valores de aquellos paisajes hoy inexistentes pero que aún viven y actúan desde el recuerdo social en que se formó ese conjunto.” Y ese paisaje fue asimilado como paisaje humano por los hijos y como «irrelevancia» o «desvío» por sus padres. Y por más que luchen entre sí las generaciones, la que adviene al poder se convierte de inmediato en retardataria al imponer su paisaje de formación a un paisaje humano ya modificado o que ella misma contribuyó a modificar. De este modo, en la transformación que instaura un nuevo conjunto está el retraso que arrastra desde su época de formación. Y contra ese retraso choca un nuevo conjunto que se está formando.”(p. 64, *ibidem*).

Se me ocurre que, en escala y guardando las proporciones, este nivel de vida es como el de un unicelular: se mueve hacia los nutrientes, se aleja de las condiciones que comprometen su conservación. Y así todo el tiempo, todo *su* tiempo.

Todas las especies tienen un equipo biológico que habilita y deshabilita respuestas –o actividades, según el punto de vista. Cuando hay necesidad, se activa. Cuando se cumple la necesidad, se desactiva. Un elemental sistema de señales activa o desactiva los sistemas de respuesta comprometidos.

El organismo tiene hambre, entonces, se alimenta. Se sacia, entonces, deja de comer. Y así, con todas las necesidades biológicas.

En los humanos sucede casi igual. Casi. Hay casos en los que resulta manifiesto que no se respeta las señales. Dejando la obesidad de lado, por minoritaria, el comer más allá de la saciedad es un hábito generalizado. Y así, con todas las necesidades biológicas³.

Cuando la actividad cumple con la necesidad, habiendo llegado al grado de cumplimiento en que normalmente se dispara la señal de saciedad ¿cómo es que continúa la actividad? Sin que los circuitos se desconecten, claro.

Esto es posible gracias a la complejidad del psiquismo humano. Parecería que la percepción mueve las respuestas, pero es la representación la que permitiría orientarlas y sostenerlas en el tiempo.

Para un animal, lo que está comiendo deja de ser estímulo al llegar a la saciedad. Para los seres humanos, el estímulo continúa porque es la representación de lo que está comiendo lo que opera como estímulo, más allá de que la necesidad se haya cumplido.

Tomando en cuenta las señales, el hambre se distingue del apetito: cuando necesito comer, cualquier alimento viene bien para calmar mi necesidad. Distinto es cuando tengo ganas de comer algo en particular. Entonces, no cualquier cosa me calma: solo eso que despierta mi apetencia, mis ganas de algo en particular. Y esos “algunos” que despiertan mis ganas no existen espontáneamente sino que están en “mi” mundo, que es el mundo que encontré al crecer, el medio humano en que me desarrollé, cuyos valores fui asimilando.

Mi ser-para-el-mundo no es espontáneo sino que está predeterminado por mi medio ambiente que es, prioritariamente, humano.

Soy el medio humano que me cría⁴

De modo que, contrario a lo que se pretende desde la mirada externa de la ciencia clásica, mi ubicación existencial no está determinada por el medio ambiente físico en el que me encuentro sino por el medio humano del que soy reproducción.

Primordialmente, *ese medio humano es un imaginario colectivo* que me forma, que incorporo a través del llamado proceso de socialización, que reproduzco y transformo, renovándolo y confirmándolo al mismo tiempo⁵.

De modo que *mis acciones surgen de una matriz predeterminada por ese imaginario.*

Según sea la reflexión y elaboración de los modelos contenidos, podré elevar la mirada por sobre el horizonte perceptual hacia un horizonte temporal emplazado en el futuro.

Lo que no significa que no esté elaborando apetitos. Porque *mi disposición básica hacia el mundo no resulta cancelada por la mayor o menor elaboración de mis objetivos.*

³ Menos con el sexo, en la cultura occidental, urbana y en el ámbito de influencia del imaginario de la clase media. Si atendemos a indicadores externos: cantidad y extensión. Desde el punto de vista de la calidad orgástica de la actividad sexual, un defecto generalizado. No se trata aquí del placer redituado sino de la eficacia sistémica del orgasmo dentro de la economía del cuerpo humano, de la que la intensidad del placer es un indicador.

⁴ “Soy variable y dependo de la acción del medio. Cuando quiero cambiar al medio o a mi “yo”, es el medio el que me cambia. ... el medio me lleva a decidir por una u otra actitud. ... mis intereses y el medio, aquí me dejan.” La Mirada Interna, IV, 2.

⁵ Ver el concepto y la dinámica de lo que Cornelius Castoriadis llama “significaciones sociales imaginarias” en “La institución imaginaria de la sociedad”, t. 2, Ed. Anagrama.

Una apetencia por contenidos refinados por el filtro propio, no deja de ser apetencia. Pero es la apetencia, en tanto implica una elección previa del objeto de consumo, lo que aporta la disposición básica de lo que será el tomar el mundo para sí.

A partir del emplazar el mundo como para-mí se revierte la dirección y el individuo pasa de la pasividad de quien pende de la estimulación mundana, a la actividad que distingue a lo humano.⁶

La retención de lo apetecido mediante la representación habilita el sostenimiento del deseo más allá de las señales físicas de satisfacción, habilitando un nuevo fenómeno que distingue lo humano: la voracidad.

Los rizos del pensar

No solo el mundo es apetecido. No solo el mundo es mundo para lo humano, en el sentido de objeto para su apetencia.

También lo son las ideas, los estímulos que no son percibidos sino puestos por la propia actividad.

Las representaciones son tan estimulantes, aun cuando no tan intensas, como los estímulos percibidos.

De modo que el individuo puede solazarse con sus pensamientos tanto como con el mundo y en ciertos casos, llega a sustituirlo⁷.

No obstante, sin atentar contra el emplazamiento propio del mundo, uno puede adentrarse en sus pensamientos, en un intento de responder las inquietudes que genera el propio existir.

Así, uno trata de aprehenderse como hace con cualquier fenómeno, tomándose a uno mismo como objeto de estudio.

El pensar vuelve sobre sí para conocerse. O, más propio, el pensar vuelve sobre sus pensamientos, pensándolos. De ese modo, volviendo sobre sí, puede ser representado como un movimiento que se riza, que imaginado desde afuera se curva hacia sí mismo. Y ese rizarse puede multiplicarse al infinito, y de hecho ha sucedido en lo que en términos de la filosofía clásica fue tachado como “especulación”. Imaginado el pensar como un espejar la realidad, también se espeja a sí mismo y así, se multiplica en un repetido espejar lo espejado, especulando, espejando sin fin.

Este vicio del pensar es tal porque pierde su referencia con la realidad, con lo sensible, única señal clara de lo concreto, de lo que es, del ser que valida con su registro cualquier fenómeno.

El hecho de que las representaciones se rizen sobre sí mismas⁸ no implica que con su resultado aumente mi conocimiento de mí. En todo caso, el de mis pensamientos y su dinámica y contenidos.

Pero el rizo ya es un nivel de profundidad en mi vivencia, un adentrarme en mi propia experiencia.

Para pescar-me es cuestión de seguir rizando.

⁶ El hecho de que la conciencia humana sea activa y que el procesamiento imaginario de los datos mundanos modifique siempre lo perceptual, no implica que la actitud del individuo sea proactiva.

⁷ Si bien se trata de un grueso error de comportamiento, el ensimismado sustituye el objeto real por el objeto pensado como punto de aplicación. Así es como se “teje” mundos de fantasía. En el otro extremo de los errores, el alterado suprime o desatiende sus sensaciones internas para someterse a los dictados de la lógica mundana. Aún cuando errores, no son para nada raros y sirven de tipologías para el comportamiento humano. (Cfr. Charlas de Corfú, Silo, 1975). No confundir con el ensimismamiento imprescindible para profundizar el punto de mira, en busca de los espacios sagrados (cfr. Psicología IV, Apuntes de Psicología).

⁸ Este escrito fue provocado por una frase de Michel Foucault: “El lenguaje espontáneo, a fin de cumplir y rizar la figura que va de la función monótona del verbo ser a la derivación y al recorrido del espacio retórico, sólo tenía necesidad del juego de la imaginación, es decir, de las semejanzas inmediatas.” (Las palabras y las cosas, cap. V, 7, p. 160, Ed. Siglo Veintiuno). A partir de la inquietud por comprender la expresión pude vislumbrar las expresiones “rizo” o “bucle”, especulación y caída en cuenta.

La caída en cuenta

El rizo es, gráficamente, una caída (si lo veo en horizontal). En tal caso, puedo dibujarlo como una curva ascendente que vuelve sobre sí, o sea, desciende, cae, pero lo hace hasta la altura del punto de partida, no hasta el punto mismo. Desde allí, vuelve a remontar vuelo.

Así son los chispazos de conciencia: uno cae en cuenta de que algo pasa. De algo que ya está pasando. De pronto, pasa algo distinto, sumándose a lo que pasa, mientras sigue pasando lo que pasaba de inicio.

Ese algo distinto aporta un nuevo dato: “esto está pasando”.

Ese dato es un “dar cuenta” de lo que pasa, del pasar lo que pasa, del acontecer eso que pasa. El acontecimiento aconcava la vivencia, le da un principio de hondura hacia sí misma, releva datos del captar lo que pasa, del que está captando.

Hasta que el darse cuenta se convierte en darse cuenta de que me doy cuenta. Y ese darme cuenta de que me doy cuenta se va constituyendo en un nuevo emplazamiento que le hace lugar al que se da cuenta de que se da cuenta de lo que pasa.

Ya no me pierdo en lo que pasa, no soy transparente frente al fenómeno, no cuenta solo él: además, estoy yo, presente. Dando señal clara y precisa de que estoy, de que soy concomitante con lo que pasa.

Así es como el conocimiento es co-nacimiento del conocedor. El que conoce concomita con lo que está conociendo. Va siendo en conjunto con lo conocido. Conocedor y conocido van siendo a una en el mismo acto del conocer.

Así, la conciencia es conscientia⁹ o como se expresa en francés, *connaissance*¹⁰.

A partir de ese momento una nueva dirección se propone al sujeto, una nueva dimensión sobre la cual desplazarse, la z o profundidad de la conciencia¹¹.

A condición de que deje de ser sujeto, que abandone su investidura, que se desnude hasta alcanzar-se como punto de mira.

Parque La Reja, diciembre 30 de 2012¹²

⁹ El Diccionario Spes latín-español dice que conscientia es conocimiento exacto y profundo, conocimiento interior, conocimiento moral. En el sentido apuntado en el texto, podemos decir que ratifica que se conoce que se conoce o se sabe que se sabe.

¹⁰ Descartes dice: “I. Por el nombre de pensamiento, comprendo todo lo que está en nosotros de tal manera, que somos inmediatamente concientes de ello.” Y en nota agrega: “El latín dice: *consci, conscients* (por lo mismo, la definición siguiente, *nosotros tenemos conocimiento* traduce el latín *consci sum, yo soy conciente*.” Y sigue (lo que es útil para demoler la errónea interpretación de su *cogito*: “Así todas las operaciones de la voluntad, del entendimiento, de la imaginación y de los sentidos, son pensamientos”. *Razones que prueba la existencia de Dios...*, *Definiciones, en Méditations Métaphysiques*, p. 285, Ed. GF- Flammarion, 1979. La traducción es mía.

¹¹ Silo, Apuntes de Psicología (silo.net), p. 145.

¹² Como este texto no es más que un aporte, las citas a materiales doctrinarias están restringidas a lo que pude rescatar en el momento y a la mano.